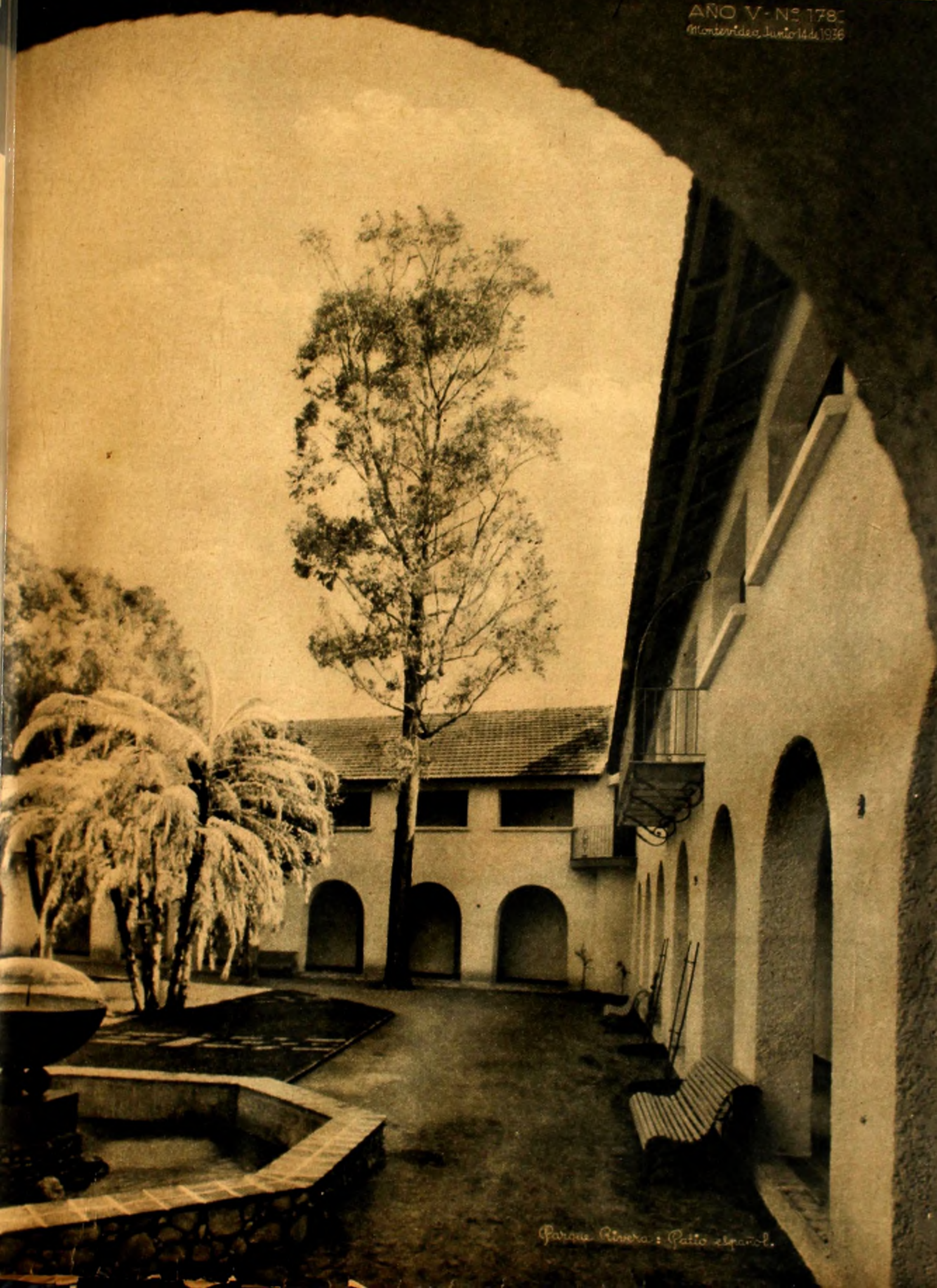
EL DIA

AÑO V - Nº 178[illegible]

Montevideo, Junio 14 de 1936



Parque Rivera: Patio español.



EL PEREGRINO (BALLET "DIOS AZUL".



MADAME IDA RUBINSTEIN EN EL "BALLET" SAN SEBASTIAN



UNA CAZADORA DE 1930.

EL nombre de León Bakst, dibujante, pintor y escenógrafo ruso, lo hizo famoso el espectáculo de los bailes rusos. Es su obra teatral, en efecto, la que dió cumbre a su genio. En ellos, franqueando los estrechos límites hasta entonces otorgados al escenógrafo y al "figurinista", Bakst afirmó su poderosa personalidad en una numerosa serie de escenarios y figurines, cada uno de los cuales es una obra maestra en su género. Inspirándose en el Oriente misterioso, en la Rusia de los cuentos fantásticos, en el Cáucaso de las leyendas diabólicas, o en la Grecia de los tiempos arcádicos, el artista supo crear un mundo de colores y de formas original y nuevo. Su obra ha sido la de un auténtico creador, que ha materializado las imágenes más fabulosas y ha creado su propio sueño adaptándolo al del poeta dramático y a las exigencias escénicas.

Cuando llegó a París en la compañía de Dia-



ALMEE (ROPAJE PARA "SCHEHERAZADE").





RETRATO DE MADAME T

LEON BAKST



ghilew, Baskt llevó al occidente europeo un nombre conocido y apreciado en el mundo artístico, el del escenógrafo y dibujante de los figurines de Antígona y de Edipo, pero París le reservaba la consagración de su fama como decorador mágico. De la noche a la mañana conquistó la celebridad. Los bailes rusos fueron la invasión del Oriente en el arte francés, y, por ende, en el arte occidental.

"El Oriente, —escribe Andrés Levinson,— que surgía en medio de esta orgía meticulosa y de este delirio armonizado de verdes, de azules, de oro y naranja, sin la menor nota blanca que pudiera disipar la hipnosis de esta policromía (el crítico se refería a "Scheherezade") fascinó las imaginaciones como la fascinara en otro tiempo el Oriente de Byrón".



REFUGIOS EN LA MONTAÑA (SAVOYA).





UNA BUENA PRECAUCIÓN.

cuento por Albert Geane.

ENGUANTADO en grueso cuero, crispadas las cejas por la tensión, Enrique Seberon, extraía, valiéndose de una pinza metálica, de una cabeza de cordero, gusanos para carnada.

El señor de Perti, en plena recolección lo sorprendió.

—¿Y... Progresa esa, Enrique?

—Sí, tío. Está casi llena la caja.

El señor de Perti miró con satisfacción los gusanos que hormigueaban lucientes y gordos, en el líquido del recipiente.

—He descubierto un magnífico rincón, próximo a la represa del molino! —anunció. — Poca corriente y mucho fondo... Con buene carnada ,estoy seguro que haremos una pesca magnífica.

—Esperémoslo! —murmuró Seberon.

Una sorda rebelión mezclábase en su alma a una invencible repugnancia, aferrándose en él un odio al viejo autoritario e inconciente que so pretexto de iniciarlo en los secretos de la pesca en el río le imponía los más desagradables trabajos.

El señor de Perti retiró de su boca la pipa húmeda que sostenía en la comisura de sus labios marchitos.

—En marcha, amigo! Ha llegado el momento!

Seberon empuñó con un suspiro la pesada caña de molinete y la red pequeña que el señor de Perti había dejado en un rincón del patio, al llegar.

—En marcha, — repitió.

Y experimentó, una vez más, el peso de las obligaciones que el duro oficio de pescador de herencia impone a quienes lo ejercen.

☼

Cuando Julieta, la vieja sirvienta, puso esa noche la mesa, de Perti depositó un par de grandes anzuelos y una pizca de plumas livianas frente a su infortunado huésped.

—Has visto cómo fabriqué ayer, mis moscas artificiales?

—Sí; —respondió Seberon.

—Bueno, ahora te toca a tí el intentarlo!

Mientras el neófito se esforzaba en arrollar los inflexibles cables en torno de la caña de acero, tomó el viejo una acartonada funda y comenzó a desatar la correa que la apretaba.

—Puedo serle útil en algo, tío? —preguntó con servilismo la señora Seberon.

El señor de Perti frunció el ceño. Un lejano parentesco lo unía a esa joven y el título de tío que ella juzgaba hábil adjudicarle, le chocaba por las entrelíneas interesadas que dejaba transparentar...

—Le agradezco, hija mía! —replicó con tono seco. — Sería orgullo de mi vida llevar a cabo esta obra sin ayuda de nadie!

Y, en la pieza triste, — donde las lámparas de aceite de otras épocas esparcían una luz dorada, humosa y vacilante, — el viejo se entregó a la tarea de añadir algunos parágrafos esenciales a ese tratado que él consagraba a los peces de agua dulce, a sus costumbres y a su captura.

☼

La muerte del viejo pariente, un mes más tarde, sorprendió gratamente a la pareja Seberon.

—¡Vamos a heredar!

A esta evocación, el infortunado pescador olvidaba las levantadas con el alba, la fría viscosidad de ciertos contactos. Y porque conviene oponer las manifestaciones exteriores de un sentimiento a su secreta realidad, la señora Seberon hizo una orgía de crespones y su marido, encargó un jaquet negro para el entierro del rentista.

El notario, a quien se había confiado el arreglo de la sucesión, recompensó muy pronto su celo a los esposos convocando a Seberon a su estudio a fin de remitirle el legado que el señor de Perti había dispuesto en favor de "sus sobrinos" en su voluntades testamentarias.

La señora Seberon, —que un malhadado reuma retenía ese día junto al fuego,— esperó febrilmente el regreso del feliz benficiado.

Y en cuanto éste abrió la puerta de entrada:

—¿Y? — le gritó.

—Ah! Se ha portado! —exclamó Enrique. Mira lo que ese viejo bandido nos deja! Dos cañas de pescar que él había ajustado "en sautoir" les sobrepasaban como antenas de bambú.

Llevaba un balde de pescador en la mano derecha, un rayador plegadizo en la izquierda y bajo su brazo, apretado junto al corazón, el tratado manuscrito en su bien atada funda.

—Y pensar que ha tenido la desfachatez de establecer en su testamento que, en mi calidad de pescador, ha querido preferirme!

—Evidentemente!... Ese tratado de pesca era lo que tenía más valor a sus ojos.

—Ah!, sí?... Bien, mira lo que hago con su tratado y con estos cachivaches!

Y sin esperar réplica de su mujer tiró de un puntapies el balde a través de la sala del comedor, rompió en sus rodillas las cañas de pescar y arrojó al vuelo, sobre las brasas ardientes, en el hueco de la estufa, el manuscrito.

☼

Julieta, la vieja sirvienta, se mantenía en pie, inmóvil, ante los parientes de su buen amo.

—El pobre señor los quería! —suspiró.

La pareja Seberon tuvo una sonrisa amarga.

—No hizo mucho por probarnos su cariño!

—Oh! ¿Qué más podía hacer que lo que hizo? —exclamó la vieja... Yo estaba presente cuando él deslizó un billete de mil francos entre cada hoja de su tratado...

—¿Qué? ¿Qué dice usted? —ahullaron los esposos al mismo tiempo.

Y el pobre señor añadió: "De esta manera los buenos muchachos no tendrán que pagarle al fisco!"

ilustró Cristar

MODA DE PARIS

Los Cabellos Rubios

Hoy hacen furor en Paris las mujeres rubias, pero no todas son "legitimas". Las francesas están empleando un método muy eficaz y original para cambiar el color oscuro del cabello, por el claro o rubio dorado: el "método de tres días". Consiste en aplicarse tres veces seguidas la manzanilla Verum (que se encuentra en las farmacias), preparada como una loción. Luego la usan una vez por semana para mantener el color deseado. Se consiguen ahora frascos económicos a $ 1.15 cada uno.

ESTATUARIA URBANA



EL "DAVID", de Miguel Angel.



EL DISCOBOLO, de Grevgante, copia, en el Parque Batlle y Ordoñez.





EL LUCHADOR, Parque Batlle y Ordoñez



FAUNO-DANZANTE, de Praxiteles, copia, ubicado en el Prado

EL PUGILISTA, de Antonio Cánova

UN MINUTO MUNDIAL DE WATERLOO

por Stefan Zweig

G R O U C H Y

EN medio de los bailes, de los galanteos, de las intrigas y de las discusiones del congreso de Viena, la noticia aterradora cae y estalla como una bala de cañón: Napoleón, el león prisionero, ha destrozado su jaula de Elba.

Uno tras otros llegan los mensajes: Ha conquistado Lyon y ha expulsado al rey; las tropas de fanáticas banderas corren a su encuentro; ya está en París, en las Tullerías.

Han sido inútiles Leipzig y los veinte años de una guerra homicida.

Como si hubiesen sido acorralados todos con un solo zarpazo, los intrigantes ministros ya no pueden discutir; se apresuran a ponerse de acuerdo. A toda prisa se organizan los ejércitos, uno inglés, otro prusiano, otro austriaco, otro ruso. Sólo se tiene un único objetivo: el de aniquilar definitivamente el poder del usurpador. Jamás la clásica Europa de los emperadores y de los reyes se había visto tan unida como en aquella hora de pánico.

Por el norte avanza Wellington contra Francia; a su lado se alinea el ejército prusiano al mando de Blücher; Schwarzenberg toma posiciones en el Rhin y los pesados y lentos regimientos rusos, formando las reservas, pasan por Alemania.

Una sola mirada basta a Napoleón para comprender el peligro mortal. Comprende que no puede perder tiempo, que no puede esperar a que la jauría se reuna. Es preciso dividirla y atacar aisladamente a los prusianos, a los ingleses, a los austriacos, antes que se conviertan en un ejército europeo y derriben su imperio. Debe ir de prisa; los enemigos en su propio país se despiertan; debe vencer antes de que los republicanos se sientan fuertes y se unan a los realistas, antes de que el hipócrita y enigmático Fouché, de acuerdo con Talleyrand, su imagen y su émulo, le sieguen la victoria a sus espaldas. De un solo golpe, con sus tropas delirantes de entusiasmo, debe lanzarse sobre sus enemigos; cada día significa una pérdida, en cada hora se oculta un peligro. Por eso no titubea en tirar los dados sobre el campo de batalla más ensangrentado de Europa: sobre Bélgica.

El día 15 de junio, a las tres de la madrugada, la vanguardia del gran ejército de Napoleón — el único ejército — atraviesa la frontera. El 16 ha llegado ya a Ligny y combate contra el ejército prusiano, al que derrota y obliga a retroceder. Es el primer zarpazo del león que se siente libre, zarpazo terrible, pero no mortal. Vencido, pero no aniquilado, el ejército prusiano se repliega hacia Bruselas.

Entonces Napoleón va a lanzar el segundo golpe; contra Wellington. No tiene tiempo de tomar aliento; cada día que pasa significa un refuerzo para el enemigo y tiene que conquistar también la tierra que queda tras él, al exangüe e inquieto pueblo francés, al que ha de devolver el ánimo con el ardiente elixir del anuncio de la victoria.

El día 17 avanza con todo su ejército hasta las alturas de Quatre-Bras, donde se halla atrincherado Wellington, el frío enemigo de nervios de acero. Nunca como en aquel día fueron más meditadas las disposiciones de Napoleón, más claras sus órdenes. No sólo piensa en el ataque, sino que prevé también sus peligros; prevé la posibilidad de que las tropas de Blücher, vencidas pero no aniquiladas, puedan juntarse a las de Wellington.

Para evitar esto destaca una parte de su ejército con la misión de que vaya alejando, paso a paso, las huestes prusianas e impedir su unión con los ingleses.

El mando de esta tropa de persecución, es confiado al mariscal Grouchy.

Grouchy, de mediana inteligencia, valiente, recto, de toda confianza; un caudillo de probado valor, pero nada más que un caudillo. No es un guerrero ardiente e impetuoso como Murat al frente de su caballería; no es un estratega como Saint Cyr o Berthier, ni es un héroe como Ney. No se ve sobre su pecho el resplandor de la coraza, ningún mito aureola su frente, ningún hecho extraordinario le ha dado fama y le ha hecho aparecer en el mundo heroico de la leyenda napoleónica. Sólo le han dado nombre sus desgracias y sus fracasos. Durante veinte años ha combatido en todas las batallas, desde España hasta Rusia, desde Holanda hasta Italia; lentamente, no sin méritos pero sin ninguna hazaña extraordinaria, ha ido conquistando, paso a paso, la dignidad de mariscal. Las balas austriacas, el sol de Egipto, los puñales árabes, los hielos de Rusia han ido aniquilando a sus camaradas: Desaix en Marengo, Kleber en El Cairo, Lannes en Wagram. No tomó por asalto el camino que debía conducirle a la dignidad máxima, lo conquistó poco a poco, a través de veinte años de incesante guerra.

Napoleón sabe perfectamente que no tiene en Grouchy un estratega; sólo tiene un hombre de confianza, fiel, valiente y sereno. Pero la mitad de sus mariscales yacen bajo la tierra, y los que quedan están desalentados, viven retirados en sus tierras, hartos de la eterna vida de campaña. Por eso se ve obligado a confiar a un hombre mediocre una misión de decisiva trascendencia.

A las once de la mañana del día 17 de junio, un día después de la victoria de Ligny, un día antes del desastre de Waterloo, Napoleón confía por primera vez a Grouchy un mando independiente. En un segundo, aquel militar modesto pasa a la historia universal; durante un instante solamente, ¡pero qué momento!

Las órdenes de Napoleón son precisas: mientras él arremeta contra los ingleses, Grouchy debe perseguir al ejército prusiano a la cabeza de una tercera parte de las fuerzas. En apariencia una misión sencilla, categórica, inconfundible; pero, a pesar de todo, ambigua y de doble filo como una espada, pues al cumplir esta orden está Grouchy obligado a no perder el contacto con el grueso del ejército.

El mariscal se hace cargo del mando con vacilación. No está acostumbrado a obrar por su propio impulso; su prudencia, falta de iniciativas, sólo se siente segura cuando la mirada genial del Emperador le indica la actitud que debe tomar. Además presiente ahora a sus espaldas el descontento de sus generales y, tal vez, el fatal aletazo del destino. Sólo le tranquiliza la proximidad del cuartel general; tres horas escasas de marcha le separan del ejército del Emperador.

Llueve torrencialmente; bajo aquella lluvia se despide Grouchy. Luego, lentamente, hundiendo sus pies en el blando barro, sus soldados avanzan tras las huellas prusianas, en la dirección que suponen ha tomado Blücher.

L A   N O C H E   D E   C A I L L O U

Una lluvia nórdica cae a torrentes. Como rebaños anegados en el agua avanzan en la oscuridad los regimientos de Napoleón; el barro hace pesado el paso. No se columbra ninguna casa, ni ningún refugio. La paja está completamente mojada, es imposible dormir sobre ella y los soldados se reunen en grupos y duermen sentados, espalda contra espalda, bajo la lluvia que no tiene piedad.

El Emperador tampoco descansa, se halla poseído de una nerviosidad febril, pues los reconocimientos fracasan ante la impenetrabilidad del tiempo, y los informes de los exploradores son muy confusos. No sabe nada, no sabe si Wellington se dispone a la batalla y no llega noticia alguna de Grouchy sobre los prusianos. A la una de la noche, despreciando la lluvia torrencial, el Emperador sale a recorrer las avanzadas. En la lejanía, a un tiro de cañón, se columbra, a través de la niebla, el amortiguado resplandor de las luces del campamento inglés.

Napoleón proyecta el ataque. Al iniciarse la aurora regresa a su pequeña cabaña de Caillou, al humilde cuartel general. Allí encuentra las primeras noticias de Grouchy; confusas noticias sobre la retirada de los prusianos, pero con la promesa tranquilizadora de que continuarán siendo perseguidos.

La lluvia va cesando lentamente. Napoleón va y viene impaciente por la estancia, fija la mirada en el amarillo horizonte, en espera de que el velo de la lejanía se descorra y permita tomar una decisión.

A las cinco de la mañana — la lluvia ha cesado — los nubarrones interiores de la duda se desvanecen. Circula la orden para que, a las 8, todo el ejército se halle dispuesto para la batalla. Los tambores redoblan llamando a formar y los ordenanzas a caballo galopan en todas direcciones.

Napoleón se tiende entonces en su lecho de campaña para dormir dos horas.

L A   M A Ñ A N A   D E   W A T E R L O O

Son las nueve de la mañana. Las tropas no se hallan aún totalmente reunidas. La lluvia, que ha caído sin cesar durante tres días, ha empapado la tierra, y la artillería tiene que avanzar venciendo grandes obstáculos.

Lentamente se ha elevado el sol y sus primeros rayos brillan a través de un viento penetrante; no es el sol radiante y lleno de promesas de Austerlitz, es un sol mortecino de nórdicos resplandores.

Por fin están ya dispuestas las tropas y Napoleón, montado en su blanca yegua, recorre el frente en toda su extensión. Como impelidas por un vendaval irresistible se inclinan hacia el suelo las águilas de todos los estandartes, los jinetes blanden sus sables y los infantes elevan sus peludas gorras enganchadas en las puntas de las bayonetas. En honor del general redoblan frenéticamente los tambores y las trompetas lanzan a los espacios sus agudas notas, y todos aquellos estridentes sones quedan apagados por el grito delirante que resuena como un trueno por encima de los regimientos, que sale de setenta mil gargantas a la vez:

—Vive l'Empereur!

En los veinte años napoleónicos, ninguna revista militar había alcanzado la magnificencia y el entusiasmo de aquélla. Era la última.

Cuando enmudecieron los gritos eran las once, casi dos horas más tarde de lo previsto — ¡dos horas de retraso fatal! — Se da orden a la artillería para que concentre el fuego contra "las guerreras rojas" que ocupan la colina, pues Ney, le brave des braves, avanza ya al frente de la infantería.

Así comenzó la hora suprema de Napoleón.

Innumerables veces ha sido descrita esta batalla, pero nunca nos cansamos de leer sus emocionantes alternativas, en la pintura magnífica de Walter Scott, en la episódica relación de Stendhal. El espectáculo es variado y grandioso, tanto si se le contempla desde la colina donde se halla el general, a distancia, como si se le presencia de cerca sobre la silla del coracero. Obra maestra de tensión y de dramatismo, que va de la angustia a la esperanza y de la esperanza a la angustia y que, de pronto, se resuelve en un instante catastrófico, símbolo de una real tragedia. En el destino de un hombre se halla latente el destino de la Europa entera. Ese fantástico castillo de fuegos de artificio que fué toda la existencia de Napoleón, se eleva una vez más para iluminar, por un instante, la inmensidad del cielo con el fulgor de sus cohetes para luego desplomarse y extinguirse para siempre.

Desde las once hasta la una los regimientos franceses atacan sin cesar las alturas, toman pueblos y posiciones y, cuando son rechazados, renuevan sus ataques.

Las colinas húmedas y fangosas de aquel país desierto se hallan ya cubiertas por diez mil cadáveres, pero nada se ha conseguido. Ambos ejércitos están agotados, fatigados y los dos generales se muestran inquietos. Los dos saben que la victoria será del primero que reciba refuerzos, Wellington de Blücher, Napoleón de Grouchy, y el Emperador empuña nervioso el catalejo, envía continuamente mensajeros.

Si el mariscal llega a tiempo volverá a brillar sobre Francia el sol de Austerlitz.

E L   E R R O R   D E   G R O U C H Y

Grouchy tiene, sin saberlo, en sus manos la suerte de Napoleón. Partió cumpliendo órdenes recibidas al atardecer del 17 de junio, siguiendo las huellas de los prusianos.

La lluvia ha cesado y, como si atravesasen tierras pacíficas, las confiadas y noveles compañías que en la víspera habían venteado por primera vez la pólvora, no ven aparecer al enemigo por ninguna parte, no descubren el más pequeño rastro del ejército prusiano.

De pronto, mientras el mariscal desayuna rápidamente en una casa de campo, sienten que el suelo se estremece ligeramente bajo sus pies; aguzan el oído y llega hasta ellos un sordo, continuo y amortiguado rumor. Son cañones que disparan a lo lejos, a una distancia de tres horas. Algunos oficiales se echan al suelo, aplican el oído contra la tierra y escuchan a la manera de los indios para inquirir la dirección del bombardeo. Y el eco retumba sordo y lejano. Es el principio de Waterloo, el cañoneo de Saint Jean.

Grouchy reune a sus oficiales. Gerard, el jefe de su estado mayor, exclama fogosamente:

—Il faut marcher au canon!

¡Es preciso marchar en dirección al fuego de artillería!

Otro de los oficiales apoya esta opinión gritando:

—¡Vamos inmediatamente, sin pérdida de tiempo!

Ninguno de ellos duda de que el Emperador ha entrado en contacto con los ingleses y que ha comenzado una dura batalla.

Pero Grouchy está indeciso. Acostumbrado a obedecer, se aferra a las instrucciones recibidas, a la orden imperial de seguir a los prusianos en su retirada.

Al verle titubear, Gerard insiste con vehemencia:

—Marchez au canon!

Y ante los veinte oficiales, este consejo resuena como una orden, como una súplica.

Grouchy se exaspera; con tono violento y severo exclama que no puede apartarse del camino que le dicta el deber, si no recibe una contraorden del Emperador. Y los oficiales se sienten decepcionados, escuchando en el silencio el retumbar lejano de los fatídicos cañones.

Gerard intenta entonces un último recurso; suplica que se le permita acudir al campo de batalla con su división y unas cuantas piezas de artillería y se compromete a regresar a tiempo.

Y Grouchy medita por unos momentos.

L A   H I S T O R I A   D E L   M U N D O   E N   U N   M O M E N T O

Un momento medita Grouchy, y este instante decide su propio destino, el destino de Napoleón y el destino del mundo.

Aquel momento, transcurrido en una casa de campo de Walheim, decide todo el siglo XIX.

Aquel momento — que es la Inmortalidad — está pendiente de los labios de un hombre mediocre y valiente; se halla entre las manos que estrujan nerviosamente la orden fatal del Emperador.

Francia estaría salvada si, en aquel instante, Grouchy fuese capaz de tener valor y osadía, fuese capaz de comprender los signos palpables, tuviese fuerza para desobedecer las órdenes recibidas. Pero ese hombre mediocre se atiene a las órdenes; es incapaz de escuchar la palabra del destino.

Por esta razón su negativa es enérgica. Sería insensato reducir aún más un cuerpo de ejército que ya se halla dividido. Su misión consiste en perseguir a los prusianos y nada más. No puede obrar contra las órdenes del Emperador.

Los oficiales no replican y reina un penoso silencio.

Y el instante decisivo se ha deslizado inexorable y ni los hechos ni las palabras podrán ya reparar jamás la fatalidad.

Wellington ha vencido.

Sigue el avance. Gerard y Vandome llevan la rabia en el corazón. Gouchy está intranquilo y a cada momento que pasa se siente menos seguro, pues no ve ningún indicio de las fuerzas prusianas. Seguramente habrán abandonado la ruta de Bruselas.

Comienzan a llegar emisarios con sospechosos informes. Parece que la retirada del adversario se ha convertido en una marcha de flanco hacia el campo de batalla.

Todavía sería tiempo de correr a marchas forzadas y realizar un supremo esfuerzo en auxilio del Emperador.

Grouchy espera con impaciencia la orden de regreso. Pero ésta no llega.

Sigue resonando tan sólo, cada vez más lejana, la voz del cañón. La tierra tiembla.

Son los dados de hierro de Waterloo.

L A   T A R D E   D E   W A T E R L O O

Es ya la una.

Han sido rechazados cuatro ataques, pero se ha conseguido abrir una brecha en el centro de Wellington. Napoleón dispone de la iniciativa. Ordena reforzar las baterías de Belle Alliance y, antes de que se descorra la cortina de humo que cubre las colinas, Napoleón dirige una última mirada al campo de batalla.

Y entonces observa que por la parte del noroeste avanza una sombra oscura que parece surgir de los bosques. ¡Son nuevas tropas!

Todos los catalejos se concentran sobre aquel punto. ¿Será Grouchy que, en un momento de clarividencia, ha desobedecido sus órdenes y se presenta milagrosamente en el momento decisivo?

No. Un prisionero cree que se trata de la vanguardia del general von Blücher, de tropas prusianas. Por primera vez el Emperador experimenta la sospecha de que el derrotado ejército alemán se ha zafado de la persecución y acude a reunirse, oportunamente para ellos, con los ingleses, mientras que una tercera parte de sus tropas se halla maniobrando estérilmente en el vacío. Sin perder momento envía un mensaje a Grouchy conminándole para que mantenga a toda costa el contacto e impida la intervención de los alemanes en la batalla.

Simultáneamente recibe el mariscal Ney la orden de atacar. Es necesario que Wellington sea rechazado antes de que puedan intervenir los prusianos. Dada la incertidumbre de la situación no se puede retroceder ante ningún riesgo.

Y durante toda la tarde se suceden aquellos terribles ataques en la llanura, con tropas de infantería constantemente renovadas; las destruídas aldeas son tomadas por asalto, las banderas ondean sobre la ola napoleónica que arremete con las agotadas formaciones enemigas.

Pero Wellington se mantiene firme y no llega noticia alguna de Grouchy.

—¿Dónde está Grouchy? — pregunta constantemente el Emperador, viendo como la vanguardia prusiana va interviniendo progresivamente en la lucha. Los mariscales se sienten también llenos de impaciencia.

El mariscal Ney, tan temerario como Grouchy prudente — ha perdido ya tres caballos en la batalla — está decidido a terminar de una vez; lanza, de golpe, toda la caballería francesa a un ataque en masa. Diez mil coraceros y dragones se precipitan a la terrible carrera de la muerte, destrozan los cuadros, derriban a los artilleros y penetran en las primeras filas.

Son rechazados de nuevo, pero las tropas inglesas están ya agotadas y el puño que se agarra a aquellas colinas comienza a ceder. Y cuando la diezmada caballería francesa retrocede ante el fuego de fusilería, avanza la última reserva de Napoleón con paso grave y lento: es la vieja guardia que marcha a conquistar la colina de cuya posesión depende la suerte de Europa.

E L   F A L L O

Desde la mañana retumban sin cesar cuatrocientos cañones en ambos bandos. La llanura tiembla al choque de la caballería contra las tropas que lanzan torrentes de fuego, al redoble ensordecedor de los tambores. Allá arriba, en lo alto de las dos colinas, los dos caudillos permanecen impasibles al ruido de aquella tempestad humana. Se hallan pendientes de otro sonido apagado: el tic tac débil de dos relojes que laten como el corazón de un pájaro en las manos de ambos caudillos, marcando el tiempo, indiferentes a las masas que combaten.

Napoleón y Wellington no apartan la vista de sus cronómetros; cuentan las horas, los minutos que han de llevarles los refuerzos decisivos.

Wellington que sabe que Blücher se halla cerca. Napoleón espera a Grouchy. Ninguno de los dos cuenta con más tropas de refuerzo, las que lleguen primero serán las que han de dar la victoria.

En el lindero del bosque comienza a divisarse la tenue nube de la vanguardia prusiana y ambos tienen la mirada fija en aquel enigma.

¿Son únicamente destacamentos? ¿Es todo el grueso del ejército que ha escapado a Grouchy?

Los ingleses resisten con sus últimas fuerzas pero también los franceses se hallan desfallecidos. Los dos ejércitos, jadeantes, permanecen frente a frente; los dos luchadores dejan caer ya los brazos debilitados y retienen la respiración antes de acometerse por última vez.

Ha llegado el momento del golpe decisivo.

Por fin truenan los cañones en el flanco prusiano, se columbran destacamentos, se oye el fuego de la fusilería.

—Enfin Grouchy! — dice Napoleón lanzando un suspiro y, creyendo asegurado el flanco, reúne sus últimas tropas y las lanza de nuevo contra el centro de Wellington con objeto de romper el anillo inglés que guarda Bruselas y hacer volar de este modo la puerta de Europa.

Pero aquel fuego de fusilería no ha sido más que una errónea escaramuza: desconcertados los prusianos por unos uniformes desconocidos habían dirigido el fuego contra los de Hanover, pero pronto se dan cuenta de su equivocación y en masa amplia y potente salen de la espesura del bosque.

No, no es Grouchy que llega con sus tropas, es Blücher y con él, la sentencia.

No tarda la noticia en llegar a las filas imperiales, que comienzan a replegarse con relativo orden.

Wellington se ha dado cuenta del momento crítico, galopa hasta la falda de la colina victoriosamente defendida y agita el sombrero sobre su cabeza, señalando al enemigo que retrocede. Aquel gesto de triunfo es comprendido por los suyos y, en un supremo esfuerzo, los ingleses se lanzan contra la masa desmoralizada. Al mismo tiempo, la caballería prusiana arremete por el flanco contra el destrozado ejército y resuena el grito mortal de:

"Sauve qui peut!"

En pocos minutos, el gran ejército se convierte en un torrente desencadenado, impelido por el terror, en una avalancha ciega que arrastra al mismo Napoleón.

La caballería enemiga penetra libremente en aquel torrente que ya es agua mansa e inofensiva para ella; y sin dificultad pesca la carroza de Napoleón, los valores del ejército, toda la artillería abandonada en aquella espuma de angustia y de terror.

El Emperador puede salvar su vida y su libertad amparado tan sólo por la noche. Pero aquel hombre que, sucio y aturdido, muerto de fatiga, se deja caer del caballo a la puerta de una mísera posada, ya no es un emperador. Su reino, su dinastía, su suerte se han evaporado.

La falta de decisión de un hombre vulgar ha derribado el soberbio edificio construído en veinte años por el más atrevido y perspicaz de los mortales.

Sociales



Señorita Rosita Servia



Sta. Herminia Baccino Franzzini • foto Marchese



Hector Mario Artucio



Myrtha Renée García Lauria.



TRISTE RETORNO A LA VIDA VULGAR

Acababa apenas de caer derribado Napoleón por el empuje inglés cuando una calesa, en la que iba sentado un hombre desconocido, tomó a galope tendido el camino de Bruselas y de allí al mar, donde un buque aguardaba ya al viajero.

El buque se hace a la vela para Londres, y el hombre desconocido llega allí antes que los correos extraordinarios y consigue, gracias al absoluto desconocimiento de la gran noticia, hacer saltar la Bolsa.

Este hombre es Rotschild que, con un rasgo genial, acaba de fundar un nuevo imperio, una nueva dinastía.

Al día siguiente, Inglaterra se entera de la victoria, y en París, Fouché, el eterno traidor, se entera del descalabro.

En Bruselas y en Alemania son lanzadas al vuelo las campanas de la victoria.

Sólo un ser no sabe nada, a la mañana siguiente del desastre de Waterloo, a pesar de hallarse solamente a cuatro horas de distancia del lugar memorable. Es el pobre Grouchy.

Terco y sistemático, fiel a las órdenes recibidas, continúa marchando en persecución de los prusianos. Pero, como no los encuentra por ninguna parte, su ánimo flaquea y queda desconcertado.

Los cañones no cesan de rugir a poca distancia, cada vez más fuerte, como si pidiesen auxilio. Cada disparo parece penetrar en la tierra, parece hendirse en el corazón. Ya todos saben con certeza que no se trata de una escaramuza, sino de una gran batalla. Una gran batalla final.

Grouchy cabalga nervioso entre sus oficiales, que evitan toda discusión con él, pues sus consejos fueron rechazados.

Por fin, cerca del Wavre, encuentran un cuerpo prusiano: es la retaguardia de Blücher que se ha atrincherado en aquel lugar. Los franceses lánzanse furiosos al ataque. Gerard marcha a la cabeza, como si, poseído por un siniestro presentimiento, buscase la muerte.

Cae derribado por una bala y queda silenciosa la voz que podía reprochar.

A la entrada de la noche los franceses se hacen dueños de la aldea, pero todos comprenden que aquella minúscula conquista ya no tiene ninguna significación, pues allá, en la lejanía, en el gran campo de batalla, reina un silencio profundo, una quietud espantosa, una paz cruel, una paz de muerte.

Todos comprenden que el rugir de los cañones era mil veces mejor que esa incertidumbre que consume los nervios.

La batalla ha terminado; esa batalla de Waterloo, de la que Grouchy se entera ¡por fin! al recibir una carta de Napoleón en la que reclama urgentemente su presencia.

La gigantesca contienda debe estar ya decidida, pero ¿a favor de quién?

La espera dura toda la noche. ¡Vana espera! No llega ningún correo. Se diría que el gran ejército los ha olvidado y que se hallan, sin objeto ni razón, sumidos en la noche impenetrable.

Al llegar la aurora levantan el campamento y reanudan la marcha, convencidos ya de que son inútiles sus avances y sus maniobras. Finalmente, a las diez de la mañana, llega a galope un oficial del estado mayor.

Le ayudan a desmontar y le acosan a preguntas. Pero él, con el cabello pegado a las sienes por el sudor, demacrado por el sufrimiento, presa de una excitación sobrehumana, pronuncia palabras sin sentido, palabras que nadie puede ni quiere comprender.

Se le toma por un loco, por un borracho, cuando afirma que el Emperador ya no existe, que no existe el ejército imperial y que Francia está perdida. Poco a poco le van arrancando la verdad, toda la verdad, y escuchan de sus labios el golpe mortal.

Grouchy, demudado, se apoya tembloroso en su sable; comprende que, en aquel instante, comienza el martirio de su vida, pero acepta decidido la inmensa responsabilidad de toda la culpa.

El hombre indeciso y disciplinado que en el momento supremo no tuvo la resolución necesaria, ahora, cuando se halla frente a frente con el peligro próximo, se convierte casi en un héroe. Reúne sin perder un momento a todos los oficiales y, con los ojos llenos de lágrimas de rabia y de dolor, les dirige una breve alocución en la cual se acusa de indecisión, que trata de justificar. Los oficiales, que en la víspera le miraban con rencor, les escuchan ahora en silencio. Podrían acusarle y vanagloriarse de haber sostenido un criterio más acertado que él, pero nadie se atreve, ni quiere hacerlo. El dolor desesperado les hace permanecer callados.

Y precisamente en aquella hora, demasiado tarde ya, pues se ha escapado irremisiblemente de sus manos el instante supremo, es cuando Grouchy da muestras de todas sus aptitudes militares. Sus virtudes, su prudencia, su habilidad, su circunspección y escrupulosidad, se manifiestan a la luz cuando se siente dueño de sí mismo y no esclavo de una orden escrita. Rodeado por fuerzas cinco veces superiores a las suyas, emprende la retirada de sus tropas a través del enemigo. Una retirada que es una obra maestra de la táctica militar. No pierde un solo hombre ni un solo cañón y salva de este modo el último ejército del Imperio y de Francia.

A su regreso, sin embargo, ya no hay un Emperador que le dé las gracias, ni un enemigo a quien desafiar.

Ha llegado demasiado tarde. Su vida exterior se eleva al ser nombrado general en jefe y par de Francia; sigue desempeñando sus cargos con energía y pericia; pero nada le redimirá de aquel momento en que fué dueño del Destino y que no supo aprovechar.

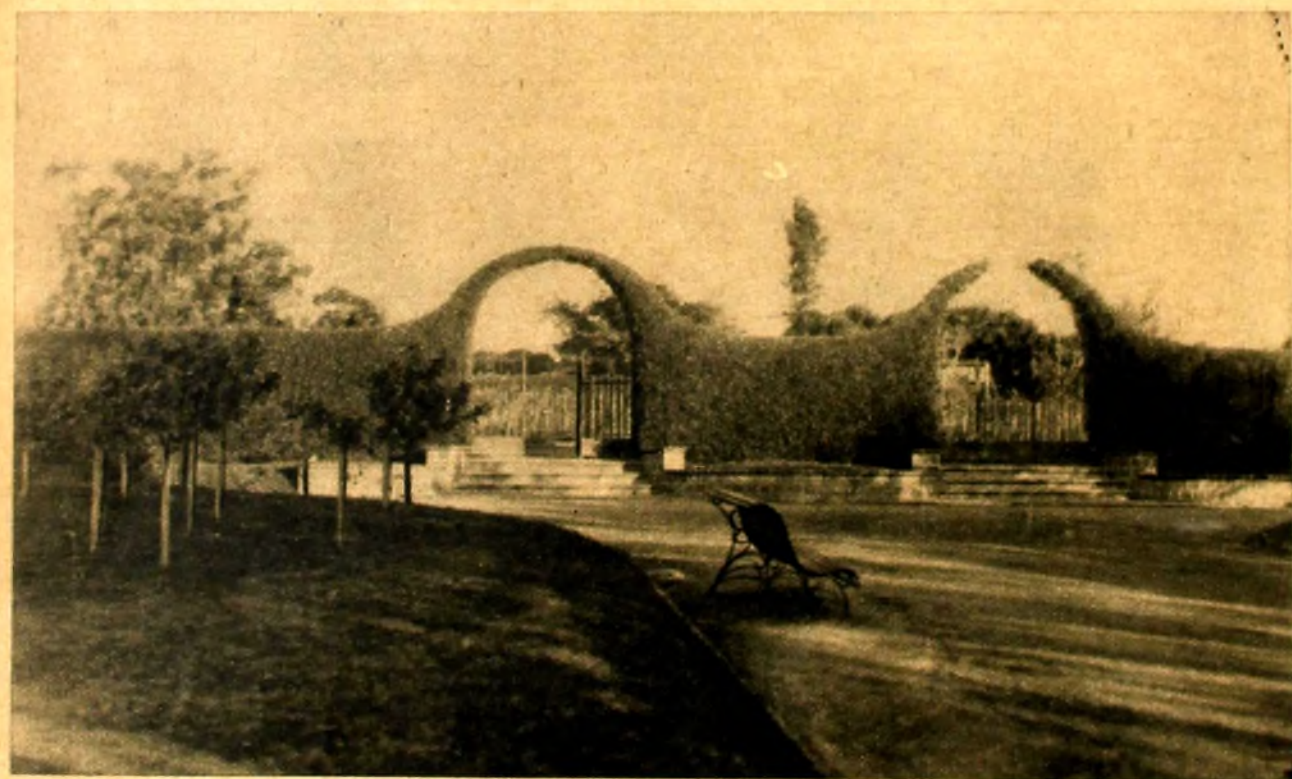
Terrible venganza del instante supremo, de este instante que, de vez en cuando, desciende hasta la vida de los mortales, entregándose al hombre vulgar que no sabe utilizarlo.

Las virtudes ciudadanas, la previsión, la disciplina, el celo y la prudencia, armas magníficas en los días vulgares y pacíficos, se funden impotentes abrasadas por el fuego glorioso del instante del Destino que exige el genio para ser plasmado en una imagen duradera.

El indeciso es rechazado con desprecio. Sólos los atrevidos, nuevos dioses de la tierra, son elevados por los brazos de fuego del Destino, hasta el cielo de los héroes.

STEFAN ZWEIG.

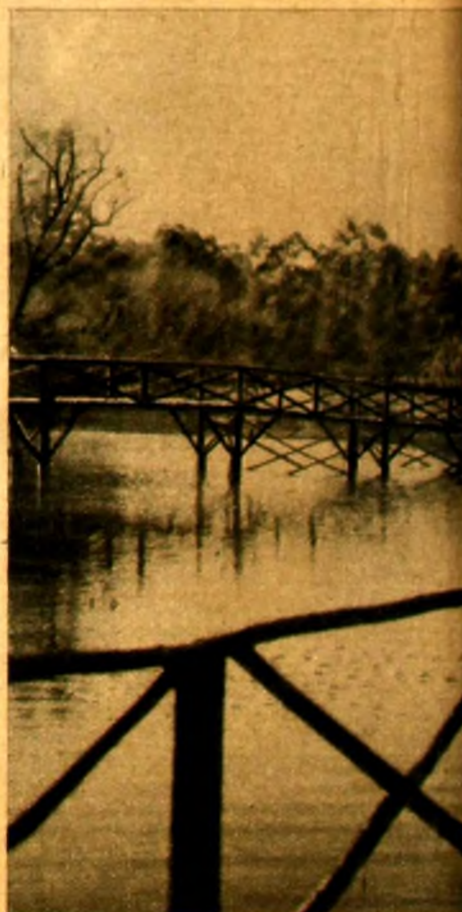








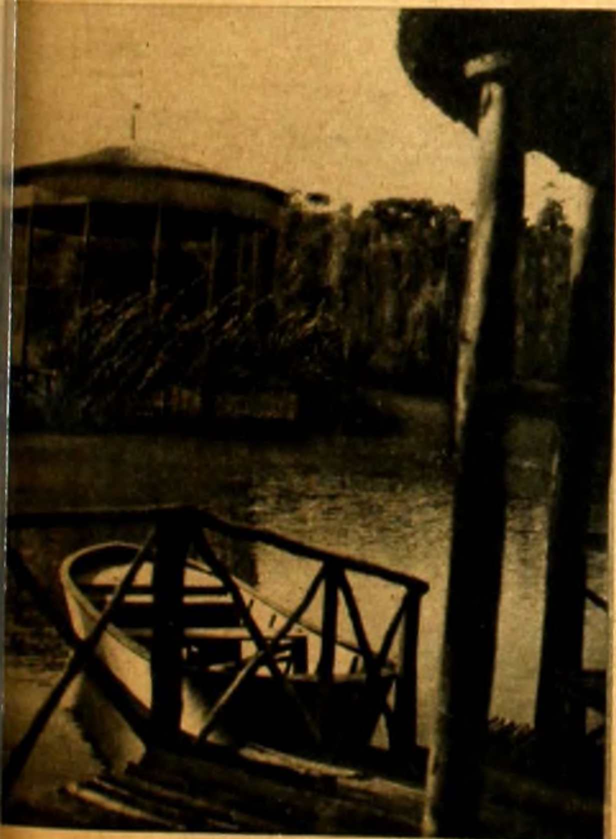
EL Parque Durandeau — que ah[illegible]
mina Parque Rivera, — fué un[illegible]
quisiciones hechas por el anter[illegible]
comunal, que dotó a la ciudad de [illegible]
pacios arbolados, restándolas de la[illegible]
de ser loteados para edificación. [illegible]
ción del Concejo de Administració[illegible]
permitió conservar para el domi[illegible]



PARQUE RIVERA

quintas que, como ésta de Durandeau, es un magnífico lugar de paseo otoñal, con riqueza de arbolado, en bella disposición de alamedas y bosques.

La edificación realizada para hotel municipal, responde al ambiente del Parque, en el que, además de las bellezas naturales de que son muestras estas notas que publicamos, existe una rica variedad de aves acuáticas.











OLIVIA DE HAVILLAND, que tiene a su cargo el papel de Hermia

Conjunto de los hermosos bailables de la película

Max Reinhardt, el gran director del film

El jueves próximo se estrenará en el REX THEATRE la gran producción de MAX REINHARDT

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

según la comedia fantástica de WILLIAM SHAKESPEARE, y acompañada por la partitura de MENDELSSOHN, película presentada por

Warnes Bros, Pictures y Vitaphone Corporation.

WILLIAM SHAKESPEARE es la cumbre de la literatura inglesa. Su comedia "El Sueño de una noche de verano" es la que más se ha popularizado, por el fondo de realismo que encierra. Presentando visiones en un ambiente de ensueño, nos ofrece lo más atractivo que Shakespeare escribió.

MAX REINHARDT, el director de escena que durante 30 años ha constituido la más alta autoridad teatral en Europa, proclamado el maestro entre los productores y como el artista que ha humanizado y modernizado el drama clásico, fué motivo de que Berlín se convirtiera en centro del arte teatral, habiendo sido el iniciador en la escena de Lubitsch, Jannings, Marlene Dietrich, y otros muchos más. Siempre ha sido un orgullo para un artista poder decir: "fuí discípulo del gran maestro Reinhardt". Durante más de 15 años, los productores americanos habían estado tratando de traer a Reinhardt a Hollywood, pero no se había logrado hacerlo hasta ahora, pues él no creía que el cine había alcanzado la perfección necesaria para llenar el ideal que él tenía.



Una de las figuras coreográficas

Sueño de una noche de Verano



Otro de los bellos cuadros coreográficos





ENDELSSOHN, el compositor del "Canto de Primavera", que es el número más cono... de cuantos integran su partitura de "El ...ño de una noche de verano", es otro de los ...tores importantísimos en el conjunto de ...riosos ideales que esta creación ofrece. La ...nscripción musical de esta obra es en ver... uno de sus mayores encantos y uno de ... valores positivos.

WARNER BROS., siempre dispuestos a hacer grandes inversiones para proporcionar nuevas orientaciones al arte cinematográfico, nuevamente se internan en el inexplorado campo de una fase distinta de las artes para traer el hermoso diálogo rimado, como Shakespeare lo escribió, a las escenas de esta comedia; obteniendo los servicios de Max Reinhardt, utilizando las personalidades más famosas que tienen bajo contrato.

ANITA LOUISE, reina de las hadas Titania





Puck, por el niño MICKEY ROONEY

LAS SOCIEDADES DE CAMBIOS QUE PRECEDIERON A LOS BANCOS DE EMISION.



Billete de la "Sociedad de Cambios" del Salto, primera que se estableció en el país.



Billete del Salto, por el valor antiguo de una pataca.

EN nuestro país el nacimiento de los establecimientos bancarios está regido por leyes distintas a las que ordinariamente dan origen a los organismos similares en otras partes.

No existió desde el principio el banco oficial o central a cuya formación concurren por lo general factores políticos que suelen, a veces introducir en la entraña del organismo financiero un germen de muerte, que tarde o temprano acaba por consumirlo.

Las casas de banca en el Uruguay nacieron, con pocos años de diferencia, en los departamentos y en Montevideo, obedeciendo a necesidades generales o regionales, y acordando siempre con las exigencias de la zona o plaza comercial que extendía el vuelo planteando nuevas cuestiones y nuevos métodos.

No eran los gobiernos de los primeros decenios del último medio siglo, gobiernos capacitados por lo demás para afrontar las grandes soluciones de la vida financiera nacional en marcha.

Incapaces más bien por temor o por desconfianza, la ciencia económica estaba circunscrita a no gastar: la inversión que reprodujera en progreso no era para tomarse en cuenta, en cuanto la acompañase un mínimo riesgo.

El miedo a toda innovación configuraba situaciones inverosímiles.

Se cuenta que el Ministro Francisco Llambí, titular en la cartera de Hacienda en el gobierno de Oribe, se opuso a la continuación del dragado del puerto de Montevideo a título de que profundizada la bahía, un barco extranjero podía entrar hasta los muelles, para imponer, llegado el caso, un reclamo diplomático

¤

Las sociedades de cambios, verdadera raíz de los bancos de emisión y descuentos, se organizaron por comerciantes y capitalistas de los departamentos más prósperos como defensa contra el axficiante medio en que luchaban aislados de la capital y con un sistema monetario metálico desnaturalizado.

Es con justo sentimiento de orgullo localista, que yo, en mi calidad de salteño, llamo a honra del antiguo gran comercio del Salto, la fundación, en 1855, de la primer casa bancaria de la República, presidida por Leandro Velázquez, negociante acreditadísimo de la plaza.

Respecto a ese establecimiento de crédito, donde aparece por primera vez la denominación de "Sociedad de Cambios", dice lo siguiente una correspondencia fechada en la progresista, entonces villa del Salto, en febrero del año 55.

"Con los 4000 patacones en pagarés emitidos por los accionistas, que circulan en esta plaza, del valor de 4, 2, 1, 1 y medio y 1 y cuarto de patacón de 16 por onza, no se halla tropiezo alguno para nuestro menudeo de familia, y el comercio encuentra facilidad en transacciones menores.

"Siguiendo nuestro ejemplo, Paysandú mandó imprimir aquí —continúa el documento— billetes por valor de 6.000 patacones.

"No extrañen ustedes que la impresión sea hecha aquí; pues para la expedición de nuestros billetes se trajo tipo y con él se llena la necesidad".



Billete de Paysandú.

En 1856, prosiguiente el rumbo marcado por las dos grandes plazas comerciales del río Uruguay, los capitalistas del Carmelo, Leandro Amargós, Manuel Rodríguez y Francisco Pons, en consorcio con los de Nueva Palmira, Antonio Castells, Rafael Eguren y José M. Castro, constituyeron la "Sociedad de Cambios de Carmelo y Nueva Palmira".

En un album carmelitano de 1916 (una de las más bellas monografías ilustradas departamentales) se fija como fecha de fundación de este consorcio el 8 de junio de 1856, pero, me permito notar la contradicción existente entre esa fecha y la que luce al pie de billetes, que dice mayo de 1856.

Los billetes de Carmelo y Palmira fueron impresos en Montevideo en las prensas de Luciano Mege, famoso litógrafo de la época, y algunos valores —como los de 1 y 2 patacones— resultaron verdaderos trabajos artísticos ,sin negar que todos los billetes sean hermosos y de labor delicada.

No debió bastar al departamento de Colonia la fundación de Carmelo y Palmira, pues en la capital, ciudad de Colonia del Sacramento, se constituyó con semejantes fines otra sociedad similar, cuyos billetes firmaba A. R. Landivar, y tienen la fecha 1859.

Dos acaudalados comerciantes de Mercedes, Antonio S. de Sampayo y D. A. Silveira, res-



Billete de Colonia.

Colecciones del doctor F. A. Oliveres y del autor.



Billete de Mercedes.

paldaron a su turno la "Sociedad de Cambios de Mercedes", en 1860.

Un poco antes en el extremo nordeste de la República, la firma de Francisco Alzola y la de Villar y Allasi, suscribían la emisión de la "Sociedad de Cambios de Cerro Largo", difundida intensamente en tan remota zona.

Los billetes de esta sociedad, lo mismo que los de Mercedes, fueron también de buen trabajo litográfico, algunos de los cuales compiten con los de Carmelo.

¤

A todo esto Montevideo había hallado su turno, pero después de Salto y de Paysandú, como puede verse por el siguiente aviso:

"SOCIEDAD DE CAMBIOS. — Se previene al público que con el objeto de facilitar los cambios cuanto sea posible, se está firmando una emisión de los valores 640, 320 y 120 reis, que empezará a salir a circulación la próxima semana. — Montevideo, marzo 15 de 1856".



Billete de Cerro Largo.



Billete de Carmelo y Nueva Palmira, 480 reis.

La nueva entidad había sido fundada el 2 de marzo del mismo año y los socios responsables eran Pablo Duplessis, Jaime Cibils, Cruzet y Fernández, Carlos Navia, Samuel F. Lafone, Tomás Tonkimson y Zumarán y Cía., vale decir, el más alto comercio montevideano.

Todas estas emisiones de papel moneda, lanzadas para suplir las exigencias del intercambio comercial, eran abusivas o, para mejor decir, carentes de autorización gubernativa.

Solamente cuando la Sociedad de Montevideo se vió precisada a disponer una nueva serie de billetes, solicitó la licencia competente del Ministerio de Hacienda, que se expidió el 13 de octubre de 1856.

"Considerando el Gobierno las razones en que la Sociedad de Cambios funda la solicitud que ha presentado, pidiendo autorización para hacer una nueva emisión de billetes que facilite los cambios, por la gran escasez de moneda menudo que hoy se siente en esta plaza: el Presidente de la República ha acordado y decreta:

Art. 1.o — Autorízase a la Sociedad de Cambios para hacer la emisión de doscientos cincuenta mil patacones, en valores que no excedan de cuatro patacones, bajo la responsabilidad colectiva e individual de los siete miembros que la forman: responsabilidad que llegado el caso, se hará efectiva por los medios más expeditos; gozando los tenedores de ese papel, de todos los privilegios que las leyes acuerdan a los menores y al fisco, que representa aquí el interés del procomún; con la condición de someter su contrato de sociedad y reglamento interior al conocimiento y aprobación del gobierno y de ser inspeccionados sus libros todos los meses y cuantas veces los pida, por el Contador General D. Tomás Villalba, nombrado por el gobierno interventor en esta operación.

2.o. — Comuníquese a quienes corresponda: publíquese y dése al libro respectivo. — Firmados: Pereira, Lorenzo Batlle".

Esa fué la pauta a que hubieron de ceñirse todos los establecimientos bancarios de la índole, hasta el decreto de agosto 29 de 1860, prohibiendo la continuación de los pequeños Bancos existentes en los departamentos de Colonia, Mercedes, Paysandú, Tacuarembó y Cerro Largo, y acordando un plazo de cuatro meses para la conversión al portador y a la vista en moneda corriente de los billetes en curso.

Suscriben tal decreto el presidente Berro y su ministro de Hacienda Tomás Villalba, y lo fundamentan en que el motivo aparente de aquellas emisiones había desaparecido con la fundación de Bancos Públicos.

De éstos uno era el famoso Banco de Mauá, autorizado por ley de 2 de julio de 1857. De los otros dos cuando menos provenían de la transformación de las antiguas Sociedades de Cambio en verdaderas casas bancarias con estatutos legalmente aprobados.

La de Montevideo, que por ley de 23 de junio de 1857, se convirtió en el Banco Comercial (que todavía existe), y con capital de 500 mil pesos y la del Salto, que por ley de 14 de julio de 1858 se transformó en el Banco del Salto con un capital de 50 mil pesos fuertes, y subsistió varios años.

J. M. Fernández Saldaña.



Billete de Carmelo y Nueva Palmira, 320 reis.

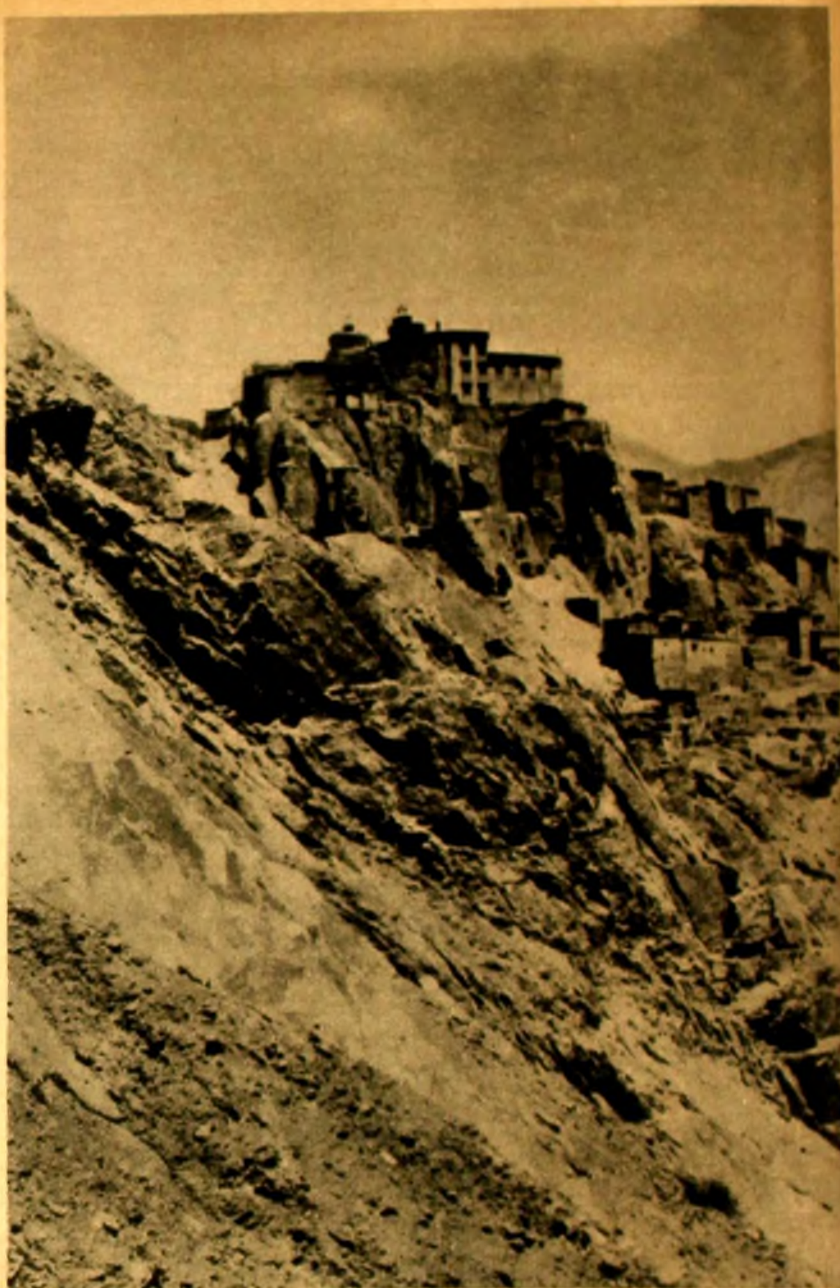


Expedicionarios avanzando en la región de Ladakh, característica por estar cubierta por una espesa capa de nieve. Para atravesarla, fué necesario utilizar "ponnies"

El coronel Lindbergh, en su aparato "Eagle", llenando las formalidades oficiales para obtener el "brevet" de aviador en Inglaterra



del MUNDO



El Monasterio de Lamayru, una típica casa religiosa en la región de Kashmir, en el Himalaya, donde los lugareños dicen sus rezos y rinden culto a sus dioses



"La Roca", llave del Mar Mediterráneo y base actual de numerosas unidades de la marina de guerra británica



Miembros de la expedición comandada por Mr. Hugh Ruttledge, trepando por las heladas y encrespadas rocas del Himalaya

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

LA INUTIL ESTRATAGEMA



























Casa Soler

SECCION MEDIAS, GUANTES y FANTASIAS

Dentro de estas ofertas encontrará un regalo práctico y conveniente.



ECHARPE DE ARMIÑETE. LA MODA EN COLOR AZUL, MARRON. BEIGE NEGRO $ 1.20



IMITACION MARTA, BIEN CONFECCIONADA EN COLOR MARRON Y NEGRO. LARGO 70 ctms. $ 8.50 EL PAR

MODELO ORIGINAL EN CAPA DE PIEL EN COLOR GRIS, NEGRO MARRON. $ 16.00





BOINAS CON TAFILETE SUPER CALIDAD EN COLOR NEGRO AZUL $ 1.45



BOINAS DE STA. EN COLOR AZUL, NEGRO MARRON. TODO TALLE $ 0.75

CUELLOS PIEL PARA SACOS GRAN OFERTA NEGRO, GRIS MARRON $ 8.50



GUANTE GAMUZA EN AZUL-NEGRO MARRON- TALLES- 6¼ AL 7½ $ 3.80 PAR



GUANTE CABRITILLA MARRON-AZUL-NEGRO-RESULTADO GARANTIDO. TALLES 6¼ AL 7½ $ 1.80 PAR



BOINAS TIPO EXTRA EN COLOR NEGRO Y AZUL $ 1.10



GUANTE IMITACION GAMUZA EN TODO COLOR. $ 1.40 EL PAR



GUANTE CABRETILLA NEGRO (FANTASIA) GARANTIDO. TALLES 6¼ AL 7½ $ 1.50 PAR

GUANTE CABRETILLA NEGRO TIPO FANTASIA. TALLES 6¼ AL 7¼ $ 2.50 PAR



GUANTE IMITACION GAMUZA TIPO MOSQUETERO COLOR MARRON GRIS- TALLES 6 AL 7½ $ 1.20 PAR



GUANTE CABRETILLA NEGRO CON DETALLE BLANCO MUY ORIGINAL $ 2.50 PAR

VERDADERA PRIMICIA: ECHARPE DE SEDA A LUNARES. VARIEDAD DE COLORES $ 0.60



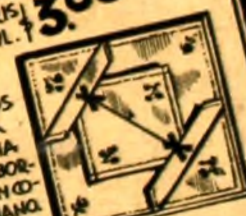
CARTERA STA. ORIGINAL CIERRE Y MANIJA DEL MISMO CUERO, EN NEGRO, AZUL Y MARRON $ 2.00



CARTERA CUERO "TIPO RECLAME" BUEN CIERRE COLOR: NEGRO-AZUL-GRIS-MARRÓN $ 1.00



CARTERA MUY COMPLETA CON DOBLE CIERRE EN CUERO. COSTURA INTERIOR COLOR. MARRON, GRIS NEGRO, AZUL. $ 3.00



PAÑUELITOS STA. CAJA ½ DOCENA BLANCO. BORDADOS EN COLOR A MANO. $ 1.00 LA CAJA.



PAÑUELITOS DE STA. EN CAJA ½ DOC. EN COLORES. $ 0.85 LA CAJA



CAJA 3 PAÑUELITOS DE STA. EN MONGOL BORDADOS EN COLOR $ 0.60 LA CAJA



GUANTE CABRITILLA NEGRO-DETALLE BLANCO GRAN FANTASIA- EN TALLES 6¼ AL 7½ $ 3.80 PAR



GUANTE SEDA NEGRO (NEGRO-BLANCO) FABRICACION FRANCESA. TALLES DEL 6 AL 7½ $ 2.80 PAR



MEDIA SEDA NATURAL PIE REFORZADO, COLOR BEIGE, GRIS, NEGRO TOSTADO $ 1.50

MEDIA DE SEDA BRILLOSA PIE REFORZADO, TALON SLENDO TODO COLOR $ 1.00



MEDIA SEDA NATURAL, COLORES DE MODA TALON SLENDO $ 1.90



MEDIA MUSELINA. BUENA CALIDAD, TODO COLOR Y TALLE $ 0.50

MEDIA MUSELINA SUPER CALIDAD EN TODOS LOS TONOS $ 0.95



MEDIA DE HILO MERCERIZADO: COLOR. NEGRO-BEIGE, GRIS, TOSTADO. MARRON $ 1.25



MEDIA AFELPADA EN COLOR: BEIGE, GRIS, NEGRO. MARRON $ 0.35

EN NUESTRAS TRES CASAS VEA NUESTRAS VIDRIERAS